

**LA ELABORACION LITERARIA DEL VIAJE A
"TIERRA ADENTRO": UNA EXCURSION A LOS INDIOS
RANQUELES, DE LUCIO V. MANSILLA**

Mabel Susana Agresti

Mansilla puede considerarse una figura de transición: entre el rosismo y el proceso de organización nacional; entre el ejército de orientación napoleónica y el modelo prusiano de orden y disciplina que pondrá en marcha Roca y cuyo mayor éxito será la campaña al desierto de 1879; entre un sistema de conocimiento social a medio camino entre la intuición y los primeros esbozos del positivismo, y el darwinismo social; entre el sistema paternalista de origen rural y la organización del poder urbano en base al esquema de los tres poderes¹.

Como el autor, su obra más importante se ubica entre dos mundos: el campo y la ciudad, la barbarie y la civilización, el indio y el blanco aunque -al igual que en el *Facundo* de Sarmiento- los términos de la dicotomía no permanecen fijos como tales y son muchas las ocasiones en que "los extremos se tocan"².

Considerado un "texto híbrido" (ni novela, ni relato de viajes, ni volumen de memorias, ni texto autobiográfico "aunque participe, en mayor o menor medida, de cada uno de estos géneros"³) *Una excursión a los indios ranqueles* justifica, más que ninguna otra lectura, la imagológica propia de la literatura de viajes en tanto "(...) relata una

compleja experiencia de acercamiento a un mundo diferente, combinada con la crítica de los propios mecanismos culturales y el autodescubrimiento"⁴.

Como relato de viajes, *Una excursión a los indios ranqueles* es, además, un claro ejemplo de tematización del problema de la *frontera interior* que "(...) abarcaba una franja de alrededor de dos o tres días de travesía hasta encontrar tolderías indias, a partir de una línea de fortines que fue variando según los vaivenes de la 'Conquista del Desierto' (...) "⁵, integra el Ciclo de la literatura de frontera ya que toma como referente de la elaboración literaria "(...) un problema histórico, económico y social que durante los 50 años que van de 1830 a 1880 se agudizó extraordinariamente"⁶ y, al sumarse a los textos en los que aparece el problema del indio en la frontera sur, ejemplifica un momento en la evolución de la toma de conciencia territorial por parte de nuestros escritores⁷.

El viaje: circunstancias que lo originan

A fines de 1868, el coronel Lucio Victorio Mansilla fue destinado a la frontera sur de Córdoba con asiento en Río Cuarto, bajo las órdenes del general Arredondo. En 1869, "se ordenó el avance de la frontera de Córdoba al Río 5^o"⁸, movimiento que Mansilla -con la ayuda del coronel ingeniero Juan F. Czetetz a quien se confió la dirección técnica de la maniobra- ejecutó con diligencia. Quedó constituida así-"(...) una nueva frontera desde La Amarga (desagües del Río V) hasta el Fuerte Coronel Gainza, la Frontera Sudeste de Córdoba, y Mansilla quedaba a cargo de ella y de la Frontera Sur (desde el Fuerte 3 de febrero hasta La Amarga)"⁹.

Siendo Comandante en Jefe de las fronteras sur y sudeste de Córdoba, Mansilla celebró a fines de 1869 (y sin intervención de su Gobierno) un tratado de paz con los indios al que Sarmiento (entonces presidente) hizo algunas observaciones antes de firmarlo, observaciones que fueron aceptadas por los ranqueles. No obstante ello, "Mansilla creyó conveniente ir en misión conciliadora, para ratificar así las buenas intenciones de su Gobierno"¹⁰; con la autorización del general Arredondo

se dirige, pues, a las tolderías indígenas situadas en Leubucó (actual territorio de La Pampa). La expedición duró dieciocho días y tuvo lugar entre el 30 de marzo y el 17 de abril de 1870.

Al día siguiente de su regreso del desierto, desde Villa Mercedes, Mansilla envió al Comandante General de las fronteras de Córdoba, San Luis y Mendoza (el general Arredondo) la relación militar de la expedición (titulada *Excursión a los indios. Cuadro completo del estado de los Toldos*), que se publicó el 11 de mayo en el diario *La Tribuna* de Buenos Aires.

El documento contiene -como ha señalado Julio Caillet Bois- "el relato sumario de la expedición, que después amplificaría en su famoso libro, y la enumeración de los resultados obtenidos en la embajada. Se trata de un parte militar, con todas las garantías de certidumbre, y refleja la impresión inmediata de los hechos y las conclusiones fundamentales que el problema de los indios visto de cerca había sugerido a Mansilla"¹¹.

Desde el punto de vista literario y en tanto "(...) nos ofrece la armazón de hechos y de opiniones esenciales sobre los cuales se compondría el libro"¹², el parte militar puede ser considerado el hipotexto de *Una excursión a los indios ranqueles*.

Del parte militar a la obra literaria

Las diferencias básicas de información entre el parte militar y su hipertexto (fecha de partida y duración del viaje; desarrollo de la expedición; comitiva; precisiones sobre número de tribus, indios y cautivos o extensión de las tierras ranquelinas) ya han sido señaladas por Caillet-Bois, que sintetiza así sus observaciones: "En resumen, el parte comprueba la verdad esencial del relato y la constante imprecisión en los detalles por una parte, y por la otra, añade algunas notas complementarias"¹³. Desde el punto de vista literario, creo que la valoración de *Una excursión a los indios ranqueles* como relato de viajes estética e ideológicamente logrado se basa en la técnica de la *amplificación* ya señalada por el crítico¹⁴.

En efecto, los ochenta párrafos del informe (que no excede las dos páginas) se transforman en sesenta y ocho cartas y un epílogo.

Sesenta y seis de ellas fueron publicadas en el diario *La Tribuna* entre el 20 de mayo y el 7 de setiembre de 1870; las dos restantes (inéditas), el epílogo y un mapa del trayecto recorrido por Mansilla en la expedición y en sus reconocimientos anteriores aparecieron cuando se completó -a fines de 1870- la edición de la obra en dos volúmenes¹⁵.

Las digresiones, los relatos intercalados y las descripciones (que apelan a lo retórico, lo realista-costumbrista, lo romántico e incluso a la efusión lírica) son los principales recursos del escritor viajero para proporcionarnos -desde una mirada que selecciona y compara- una acabada imagen de los otros (indios principalmente pero también gauchos, soldados, chinas, etc.) que es también elaboración reflexiva de la propia imagen.

Los atributos del viajero y las denominaciones del viaje; el lugar de destino y el medio de transporte

Ficcionalizado como *tourist*¹⁶, *simple cronista* (XXIX, p. 272) o *embajador* (XXXVIII, p. 357), el viajero insiste en la veracidad de su relato (Cf. VI, pp. 71-72, por ejemplo), se ajusta a un plan (Cf. IX, p. 91; XV, p. 153 o XXV, p. 242) y destaca, entre todas sus cualidades, la capacidad de observación y la memoria casi topográfica (XII, p. 120). El hábito de los viajes y el conocimiento del mundo, por su parte, facilitan la confrontación que llevará a cabo en esta *correría* aleccionadora (LV, p. 523) a la que también califica de *peregrinación* o *azarosa cruzada* (XXVIII, p. 262). *Correría*, *peregrinación*, *cruzada*, *excursión a Leubucó*, *centro de las tolderías ranquelinas* y por lo tanto sinónimo de *Tierra Adentro* (I, pp. 32 y 35), *recinto vedado* (XX, p. 195), *morada de Mariano Rosas* (XX, p. 196) o *toldo del Sr. General D. Mariano Rosas* (XXXII, p. 216). Obviamente, el único medio de transporte adecuado es el caballo. Mansilla (que ha recorrido "(...) cuatro partes del mundo, en buque de vela, en vapor, en ferrocarril, en carreta, a caballo, a pie, en coche, en palanquín, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, en lomo de mula y de hombre" (LXVII, p. 618)) siente una particular atracción por los caballos de la pampa; así lo sugiere la imagen

que románticamente los muestra en la carta XV " (...) flotando al viento sus largas crines y corriendo impetuosos" (p. 146).

Los objetivos del viaje

La digresión es el modo discursivo apropiado para el viajero que se ha autodefinido en primer lugar como *tourist* y que, por eso, ironiza sobre los motivos de los viajes:

Se viaja por gastar el dinero, adquirir un porte y un aire *chic*, comer y beber bien.

Se viaja por lucir la mujer propia, y a veces la ajena.

Se viaja por instruirse.

Se viaja por hacerse notable.

Se viaja por economía.

Se viaja por huir de los acreedores.

Se viaja por olvidar.

Se viaja por no saber qué hacer (VIII, p. 92).

Frente a la banalización buscada, se prestigian por contraste los motivos profundos del viaje de Mansilla a Tierra Adentro y que podrían clasificarse en personales, militares y "misionales".

Motor de los primeros, la *curiositas* conduce a los segundos que, a su vez, la movilizan remitiéndose ambos a los terceros. En la carta XXXVIII, Mansilla declara el propósito inmediato y militar de su viaje a Tierra Adentro:

Mi viaje tenía por objeto orillar ciertas dificultades que surgían de la forma en que había sido aceptado [el tratado de paz] (p. 355. El agregado es mío).

En la carta I, las motivaciones personales se suman a las militares:

Aprobado el tratado en esa forma, surgieron ciertas dificultades relativas a su ejecución inmediata.

Esta circunstancia por un lado, por otro cierta inclinación a las correrías azarosas y lejanas; el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo que llaman Tierra Adentro para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes¹⁷ -he aquí lo que me decidió no ha mucho y contra el torrente de algunos hombres que se decían conocedores de los indios, a penetrar hasta sus tolderías (...) (p. 32).

Pero el viaje de Mansilla (y la escritura del relato) tienen lugar "en medio del debate de las soluciones al 'problema indio' que reconoce alrededor de 1870 tres salidas posibles: el genocidio, la aculturación y el establecimiento claro de la frontera"¹⁷. Frente a ellas, Mansilla tiene una postura tomada: la conveniencia de la asimilación de los indios. Desde esta perspectiva, el viaje y su escritura son sentidos como el cumplimiento de una misión que supone acortar las distancias entre la civilización y la barbarie, por un lado, y por otro "prestigiar a la religión entre los infieles" (XL, p. 373). En la carta XX, el sentido misional adquiere matices de utopía que no son ajenos al sueño del *Lucius Victorius Imperator* de las carta XXXII¹⁸:

Los ecos de la civilización van a resonar pacíficamente por primera vez, donde jamás asentara su planta un hombre del coturno mío.

Grandes y generosos pensamientos me traen; nobles y elevadas ideas me dominan; mi misión es digna de un soldado, de un hombre, de un cristiano -me decía; y veía ya la hora en que reducidos y cristianizados aquellos bárbaros, utilizados sus brazos para el trabajo,

rendían pleito homenaje a la civilización por el esfuerzo del más humilde de sus servidores" (p. 195).

El destinatario/los destinatarios de las cartas

Es sabido que las cartas tienen un destinatario explícito al que el autor apela permanentemente: Santiago Arcos (hijo), "quien se encontraba en ese momento en España. Había compartido viajes por Europa con Mansilla y fue autor, además, de un opúsculo, *Cuestiones de indios*, publicado en 1860, donde propugnaba que los indios fueran llevados por la fuerza más allá del Río Negro"¹⁹. De alguna manera, *Una excursión a los indios ranqueles* es la defensa del indio frente a una acción militar contra ellos.

Pero, además, a este único destinatario explícito del relato hasta la carta VII se suma el lector plural e innominado al que se incorpora a partir de la conclusión de la historia del cabo Gómez²⁰. Esta "ampliación" de destinatarios tiene para mí varias razones: por un lado, destaca el interés que seguramente despertara en los lectores de *La Tribuna* el relato intercalado (lo que dio pie a la incorporación de muchos otros); por otro, indica el interés de Mansilla en hacer conocer sus ideas sobre el problema de las fronteras (y del país en general) tanto a los blancos como a los indios porque "También ellos reciben y leen *La Tribuna*" (X, p. 107).

Las fronteras en el texto

Todo relato de viajes supone la existencia de fronteras. En el caso de *Una excursión a los indios ranqueles*, el título mismo sugiere la ficcionalización de las fronteras geográfica, militar y particularmente lingüística.

Aludida por el sustantivo *raya* (LI, p. 474), la *frontera geográfica* se textualiza a través de los posesivos que adjetivan la palabra tierra. Así, en la carta XVI es el mismo escritor el que la marca; ante las dilaciones del cacique Ramón para el primer encuentro, dice a Bustos (su lenguaraz):

-Amigo; ya me estoy cansando de que jueguen conmigo. Si sigue esta farsa mando al diablo a todos y me vuelvo a *mi tierra* (p. 159. El realzado es mío).

Frente a la insistencia con que el capitanejo Caniupán le pide un caballo gordo para comer, relata:

Insistió chocándome, y le contesté que dónde había visto que un hombre gaucho diera sus caballos; que los necesitaba para volverme a *mi tierra*, que si se creía que me iba a quedar toda la vida en *la suya* (p. 163. Los realzados son míos).

En la carta XXXIII, el límite lo marcan las referencias a Mariano Rosas quien -liberado de su cautiverio en Santos Lugares- "(...) juró no moverse jamás de *su tierra* (p. 313. El realzado es mío).

Con la expresión "frontera militar" me refiero a la separación territorial impuesta por las armas. *Una excursión...* es un texto escrito antes y después de expediciones militares contra los indios. Sin embargo, la calidad de *aliado* suyo que Mansilla reconoce a Bustos remite de alguna manera a la lucha permanente entre ambos bandos (Cf. XVI, p. 154).

La *frontera lingüística*, por último, es una de las más visibles en el texto. Los distintos lenguaraces que se presentan, así como también la transcripción -en cursiva- de voces araucanas y su correspondiente traducción indican, al mismo tiempo, la existencia y la flexibilización de la frontera lingüística; dos ejemplos llamativos de asimilación lo constituyen el uso de la palabra *razones* (en el sentido de explicaciones) por parte de Mansilla (Cf., entre otros muchos casos: XLIV, p. 410 y XLVII, p. 442) y el de *acopiar* en boca de Mariano Rosas (Cf. LIV, p. 506).

Los relatos intercalados

Exponentes de la capacidad narrativa de Mansilla, los relatos intercalados jalonan el texto; en forma de anécdotas, casos o sucesos con pretensión de verdaderos y cuentos más o menos verosímiles lo amenizan y juegan con la expectativa del lector oyente al desarrollarse con frecuencia en más de una carta. Todos ellos tienen el sabor de lo costumbrista y recrean la situación de oralidad con el fogón como marco; son contados por el propio Mansilla o puestos en boca de otro, a veces de sus protagonistas; los hay con "algo de fantástico y maravilloso" (IV, p. 58) -el cuento del cabo Gómez, cartas V, VI, VII y VIII-, de tema amoroso (el caso del soldado Antonio -carta XIII- o la historia de Crisóstomo -carta XVIII-), de amor filial (la historia de Miguelito -cartas XXVIII, XXIX y XXX-) de "gauchos malos" transformados por la confianza de un superior (la historia de Rufino Pereira -carta XXXVII-), de momoneros refugiados entre los indios (Camargo -carta XXXIX-), de cautivos (el Dr. Macías -carta LI-) y cautivas (Petrona Jofré y doña Fermina Zárate -carta LXV-).

Las descripciones

Uno de los aspectos más atractivos de *Una excursión a los indios ranqueles* es la variedad y oportunidad de las descripciones. Ellas contribuyen a incorporar territorios desconocidos a la conciencia de los lectores, desmitifican parajes descritos en la literatura sin haber sido vistos y los "reinsertan" con detalles nacidos de la observación directa y el empleo de recursos propios del realismo literario, traducen la relación romántica del hombre con la naturaleza y hasta posibilitan la efusión lírica.

Una descripción -la de la Laguna La Verde- determina la estructura circular del viaje a Leubucó (especie de viaje dentro del viaje). En la carta XV, el paraje es apenas nombrado y lo descriptivo se limita a la profundidad de las aguas:

Después que me bañé, que comieron, descansaron y se refrescaron las cabalgaduras en las profundas aguas de *La Verde*, mandé ensillar, y continuó la marcha" (p. 144).

En la carta LXVIII, el rasgo característico del lugar es retomado para completarlo con la referencia a la vegetación cuya abundancia remarcan sucesivas enumeraciones:

El lector conoce ya la Verde, en cuya hoya profunda y circular mana fresca, abundante y límpida el agua dulce, y donde todos los que entran o salen, por los caminos del Cuero y del Bagual se detienen para abreviar sus cabalgaduras y guarecerse durante algunas horas bajo el tupido ramaje de los algarrobos, o de los chañares y espinillos, que hermocean el plano inclinado que en abruptas caídas conduce hasta el borde de la laguna, cubierto de verdes juncos, de amarillentas espadañas y filosas totoras de semicilíndricas hojas, entre las cuales los sapos y las ranas celebran escondidos, en eterno y monótono coro, la paz inalterable de aquellas regiones solitarias y calladas... (pp. 627-628).

Descripciones como ésta, surgidas de la observación directa, permiten distinguir la pampa ideal de ombúes y cardales (Cfr. XI, p. III) de la pampa real:

Leguas y leguas de árboles secos, abrasados por la quemazón; de cenizas que envueltas en la arena, se alzan al menor soplo de viento; cielo y tierra; he ahí el espectáculo (XII, p. 120).

En esta línea de descripción realista, cabe destacar el notable dinamismo en la pintura de una nube de arena (Cf. XXII; pp. 208-209) o la síntesis de la metáfora de definición que presenta la caída del rayo:

En ese momento se oyó un cañonazo.
Era una descarga eléctrica, un trueno seco.
El fenómeno es frecuente en la Pampa (XLVI,
p. 438).

A la intención realista obedecen también las descripciones que parecen dibujar un croquis imaginario y que, entre muchos otros, ejemplifica el siguiente párrafo:

Saliendo de Leubucó, rumbo al sud, se entra en un arrenal pesado, se cruzan algunos pequeños médanos y a poco andar se entra en el monte. A la salida de éste se encuentra la primera aguada, una lagunita con jagüeles, bordada de espadañas y de riente vegetación en sus orillas. El terreno es bajo y húmedo (XLII, p. 392).

Descripciones retóricas y convencionales que no escapan al lugar común ("(...) las estrellas tachonaban el firmamento, anunciando ya su trémula luz la proximidad del *rey del día*" -XVII, p. 165-) alternan con momentos de verdadero lirismo. Así, en la carta XLVIII la fusión yomundo ante la aparición de la luna traspone metafóricamente el anhelado encuentro entre la civilización y la barbarie:

La luna rompía en ese momento un negro celaje, y eclipsando la luz de las últimas brasas del fogón, iluminaba con sus tímidos fulgores aquella escena silenciosa, en que la civilización y la barbarie se confundían, durmiendo en paz al lado del hediondo y desmantelado toldo del cacique Baigorrita, todos los que me acompañaban, oficiales, frailes y soldados (p. 453).

Sugestivamente, la última descripción de Tierra Adentro (también la salida de la luna) construye líricamente la imagen de un cielo invertido y orienta la reflexión del lector hacia la posibilidad de un acercamiento entre el aquí y el allá:

(...) la luna, rompiendo al fin los celajes que se oponían a que brillara con todo su esplendor, derramó su luz sobre la blanca sabana de un vasto salitral, de cuya superficie refulgente y plateada se alzaron innumerables luces, como si la tierra estuviera sembrada de brillantes y zafiros.

Era un espectáculo hermosísimo; la luna, las estrellas y hasta las mismas opacas nubes, se retrataban en aquel espejo inmóvil, haciendo el efecto de un cielo al revés (LXVIII, pp. 637-638).

Las digresiones

Consciente del uso y abuso de este rasgo discursivo (Cf. I, p. 31; XXI, p. 205; XXX, p. 281), Mansilla se vale de él para introducir en el texto una serie de reflexiones de variado carácter (sociológico, histórico, político, filosófico). La mayor parte de ellas apunta a avalar su postura frente al problema del indio: la posibilidad de la asimilación en el encuentro de extremos que frecuentemente se confunden y, al hacerlo, atenúan la rigidez de la falsa dicotomía civilización/ barbarie; ciudad/campo; blanco/indio, gaucho.

Matizando las referencias a la realidad político-social, otro grupo de digresiones desarrolla temas menos contingentes; entre ellos, se destacan la referencia casi lírica a la fugacidad de la vida (Cf. XLIV, pp. 406-407) y el respeto debido a los ancianos (LI, pp. 475-480).

Conclusiones

Discutido y discutible como la mayor parte de los textos fundantes de nuestra literatura del siglo XIX, *Una excursión a los indios*

ranqueles es un gesto de encuentro con el otro en la voluntad de incorporar hombres y tierras de aquel espacio vacío que fue el desierto al sur del río Negro. El gesto se dibuja en la escritura del relato de viajes y permanece como testimonio de un momento de la historia nacional inmediatamente anterior a la campaña de Roca y el exterminio del indio. Por eso ha dicho con razón Marcos Mayer que "(...) En cierto sentido, *Una excursión...* es el canto de cisne de una cultura escrito desde otra cultura"²¹.

Notas

1. Marcos Mayer. "Introducción" a: Lucio V. Mansilla. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1993 [c. 1940], 9-24; p. 10.
2. Cf., por ejemplo, carta XXI (p. 205 de la edición arriba citada). Esta expresión se repite con frecuencia a propósito de lo que he llamado digresiones sociológicas, históricas o políticas.
3. Marcos Mayer. "Introducción" ...; p. 16.
4. *Ibidem*; pp. 9-10.
5. Lila Bujaldón de Esteves. "La frontera interior como tema central de la literatura argentina". *Boletín de Literatura Comparada*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Año XVI-XVIII (1991-1993), 55-66; p. 56.
6. *Ibidem*; p. 60.
7. Cf. Elena Duplancic de Elgueta. "Fronteras argentinas. Definición del territorio nacional a través de la literatura de viajes". *Comparatística. Estudios de literatura y teatro*. Jorge A. Dubatti (editor). Buenos Aires, Biblos, c. 1992, 109-115; p. 111.
8. *Memoria del Ministerio de Guerra*. Buenos Aires, 1868, XIX.
Citado por Julio Caillet-Bois en su "Nuevos documentos sobre 'Una excursión a los indios ranqueles'". *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Buenos Aires, T. XVI, N° 58, (enero-marzo de 1947), 115-134; p. 117.
9. Julio Caillet-Bois. *Ibidem*; p. 119.
10. *Ibidem*. p. 124.
11. Julio Caillet-Bois. "La relación militar de 'Una excursión a los indios ranqueles'". *Logos; Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*. Universidad de Buenos Aires, Año V, N° 8, (1946), 144-152; p. 144.
En las páginas 147 a 152 se reproduce el parte militar.

12. *Ibidem*.

13. *Ibidem*; p. 146.

14. Cf. nota 11.

15. Cf. al respecto la "NOTA A LA PRESENTE EDICION" incluida en la página XXXV del prólogo de Julio Caillet-Bois a su edición de *Una excursión a los indios ranqueles* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960 [1ª edición: 1947]).

Esta nota incluye el detalle de la publicación de las cartas en el diario *La Tribuna* de Buenos Aires, así como también referencias precisas a las tres ediciones que se hicieron en vida del autor.

16. Lucio V. Mansilla. *Una excursión a los indios ranqueles*. Introducción de Marcos Mayer. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1953 (c. 1940). 2 tomos. Carta I, p. 29. En adelante, citaré por esta edición indicando el número de carta en romanos.

17. Marcos Mayer. "Introducción" ...; p. 11.

18. Cf. pp. 298-300.

19. Marcos Mayer. Nota 1 a la edición citada de *Una excursión a los indios ranqueles*; p. 29.

20. "El único mérito que tiene este cuento de fogón, que aquí concluye, es ser cierto (...)

¿Si será verdad que *el público* no se ha dormido leyéndolo?

(...)

¡Buenas noches!, por no decir buenos días, o salud, *lector paciente*"

(VIII, p. 90. El realzado es mío).

21. Marcos Mayer. "Introducción" ...; p. 16.